

El misterio de la vocación, misterio de amor gratuito

Jr 1,4-19

Santiago Silva Retamales
Obispo Auxiliar de Valparaíso
Comisión nacional de pastoral bíblica
Año de las vocaciones - 2003

I- El relato vocacional de Jeremías y mi biografía vocacional

1)- Un relato modelo

El *relato de la elección* de Jeremías (1,4-19) ilumina la *vocación, consagración y misión* de un elegido por Yahveh, quien *transforma* su vida y lo *dota* de nuevas razones de ser *para Dios y para los otros*. Se trata de los datos básicos de la *biografía vocacional* del profeta Jeremías que profundizaremos en las páginas siguientes.

La elección tiene una misteriosa razón: el *amor de Dios* que se derrama en ministerios y carismas para servicio de la Iglesia y del mundo, amor que exige del elegido no sólo la entrega de su tiempo, sino sobre todo la donación plena de *su cuerpo*, pues el mismo ser del elegido es hecho mensaje, como lo veremos en Jeremías.

Jeremías es un profeta excepcional porque tiene mucho de todas las respuestas posibles al llamado divino: es *sumiso* al mandato de Dios, pero confiesa que la Palabra es un fuego que arde en su interior y no sabe como arrancarlo (Jr 20,8-9); se *encierra en sí mismo*, pero también abre su corazón en páginas conmovedoras que dan a conocer su intimidad (20,7); es el *hombre que calla y escucha*, pero a la vez no tiene miedo de manifestar sus dificultades en el cumplimiento de su misión (15,10.18-19); es el *hombre consciente del encargo de su Dios*, pero no deja de expresar su anhelo de no tener nada que ver con aquello de «arrancar y derribar» (1,10; 20,14-18).

2)- Organización literaria del relato y núcleo teológico

El texto de Jr 1,4-19 se organiza literariamente en *tres partes*:

a- Jr 1,4-10: vocación y dificultades:

Los **temas** son: • 1,5: Elección soberana y gratuita de Dios; • 1,6: Objeción del elegido; • 1,7-8: Respuesta de Yahveh y fórmula *de ánimo*: «No les tengas miedo» (1,8a), y *de asistencia divina*: «Yo estoy contigo» (1,8b); • 1,9-10: dotación y misión.

b- **Jr 1,11-16:** *dos visiones e interpretación:*

Los **temas** son: Según la *primera visión*, la del árbol de alerce (1,11-12), Jeremías es elegido para que hable sin miedo todo *lo de Dios*. No importa que sea un muchacho, pues la eficacia y fuerza interpeladora de la palabra no dependen de sus condiciones naturales ni de sus dotes de orador, sino del hecho que es palabra *de Dios*. La *fidelidad* de Dios a la palabra dada mediante su profeta garantiza su cumplimiento eficaz.

La *segunda visión*, la de la olla hirviendo (1,13-16), adelanta una terrible desgracia que viene del norte a causa de los pecados de Judá. Se trata del sitio de Jerusalén y de las ciudades de Judá por parte de los babilonios y la posterior deportación de sus habitantes (años 597-587 aC.) por la maldad y la idolatría incontenible de sus habitantes.

c- **Jr 1,17-19:** *misión y dificultades:*

Los **temas** son: Dios le encarga a su profeta una misión de cara a determinados destinatarios. Para ello, Dios lo convierte en ciudad fortificada por lo que contará siempre con Yahveh que lo protegerá y liberará. La promesa del Señor es asistir a su elegido con su poder... y si Dios está a su lado, ¿quién podrá derrotarlo?

Si tenemos en cuenta que Jr 1,11-16 son *dos visiones* (“rama de alerce” y “olla hirviendo”) se da la siguiente *organización literaria*:

A	1,4-10:	<i>vocación y elección</i>
	B	1,11-12: primera visión: “rama de alerce”
	B'	1,13-16: segunda visión: “olla hirviendo”
A'	1,17-19:	<i>vocación y misión</i>

El *núcleo literario y teológico* del relato vocacional son las *dos visiones* (Jr 1,11-16), particularmente la primera, la de la *rama de alerce*.

Dios le pregunta al profeta: «¿Qué ves, Jeremías?». Éste responde: «Veo una rama de *alerce*». Dios concluye: «¡Has visto bien, porque *alerta* estoy yo para cumplir mi palabra!» (Jr 1,11-12). Es evidente el *juego fonético* en el original hebreo que la traducción desea reproducir con *alerce* y *alerta* (en ambos casos, la raíz *šaqad*).

La palabra *de Dios* puesta en la boca del elegido lleva en sí misma no sólo su significado, sino también su eficacia, porque su Dueño está pendiente de que se cumpla (Jr 20,8-9). Jeremías es elegido para que hable sin miedo todo *lo de Dios* y no importa que sea un

niño, pues la eficacia de la palabra divina no depende del mensajero, sino del hecho que proviene de Dios.

Basta que sea lanzada al mundo y a la historia, para que la palabra *de Dios* fecunde el corazón de los hombres y de los pueblos (Is 55,10-11), porque el compromiso de Yahveh con su palabra es *vigilar atentamente* para que no deje de cumplirse.

3)- *La vocación como respuesta de amor*

3.1- «*Antes de formarte en el seno...*»

Jr 1,5 nos ayuda vislumbrar el insondable misterio de la vocación divina:

«Antes de	formarte en el seno	<i>te</i> conocí,
antes que	salieras del vientre	<i>te</i> consagré,
		<i>te</i> constituí

⇒

profeta para las naciones»

La *dos conjunciones temporales* («Antes de» y «Antes que») revelan que las acciones divinas relativas a la generación de un «profeta para las naciones» fueron realizadas con anterioridad al nacimiento del elegido. El *tiempo* que antecede a la vida de un profeta es de Dios quien lo elige y consagra incluso antes de nacer.

Los *dos verbos de gestación*, uno de concepción (“formar” en el seno) y otro de nacimiento (“salir” del vientre), indican que Dios modela el *cuerpo* del profeta y su misma *historia*.

Los *tres verbos de acciones divinas* (“*te* conocí”, “*te* consagré” y “*te* constituí”) hacen que el elegido *sea profeta* e indican que la *misión* («profeta para las naciones») es la principal razón de ser de la elección. Toda vocación mira a una *misión*, es decir, mira a un anuncio y actividad liberadora en el segmento de historia de la salvación que Dios puso a su elegido.

3.2- «*Te conocí*»

El verbo *conocer* indica en la literatura bíblica y sapiencial no tanto una apropiación intelectual del sujeto que conoce cuanto una relación personal de aceptación y comunión cuando se trata del conocimiento de personas. En la Sagrada Escritura, “conocer” al igual que “elegir” o “llamar” pertenecen al *campo semántico* de la *relación interpersonal*. Por ésto, “elegir” es sinónimo de “conocer” y de “ser conocido” por lo que Jr 1,5a debe entenderse así: “Antes de formarte en el seno *te elegí*”, es decir, “te tomé para mí estableciendo una comunión vital contigo”.

Esta *relación interpersonal* entre Dios y su profeta -manifestada por el verbo “conocer”- tiene por trasfondo el modelo *materno-filial* como lo señala el empleo de las expresiones “formar en el *seno*” y “hacer salir del *vientre*” (Jr 1,5). Dios es quien asume la

responsabilidad paterno/materna y, por consiguiente, jurídica y afectiva del ser que gesta, otorgándole un *status* particular en la vida e historia de Israel, su pueblo (1,5.9). Dios será quien consuele y asista a su elegido y hará que triunfe su causa (1,17-18), *porque se ha hecho su padre/madre* y, por lo mismo, lo conoce antes de nacer (1,8.19).

3.3- «Te consagré»

El segundo verbo, *consagrar*, se encuentra en la Sagrada Escritura con *dos matices*:

a- En sentido original es *separar* -mediante una acción ritual- una cosa o persona del ámbito profano para dedicarla de modo exclusivo al servicio de Dios (ámbito de lo sagrado).

La cosa o persona, por ser propiedad de Dios, *participa* de su gloria y santidad (cfr. Is 6,3-7); se separa, pues, para dedicar a Dios y participar de sus bienes.

b- En *Nm 3,11-13* se encuentra el otro matiz, el de separar con la función de *sustituir*: Yahveh toma “para sí” a los levitas que sustituyen a los primogénitos de Israel que Dios había consagrado para sí el día en que hizo morir a los primogénitos de Egipto (cfr. Ex 12,29; 13,2); Dios consagra a los levitas para *hacer posible el rescate de los primogénitos* de los israelitas: gracias a la *separación* de los levitas para Dios que *sustituyen* a los primogénitos de Israel, sus padres pueden recuperarlos para sí.

“Consagrar” es pasar a ser propiedad exclusiva del Señor (*separar/santificar*), para mediar entre Dios y todas las realidades humanas y los pueblos de la tierra (*sustituir/servir*; cfr. Gn 12,3). La vivencia radical de la participación de la vida y gloria divinas es *el gran servicio* que un elegido puede ofrecer al mundo, porque se hace ofrenda santa mediando entre la misericordia de Dios y el pecado de la humanidad.

3.4- «Te constituí»

El tercer verbo, *constituir*, indica cuál es la finalidad de las anteriores acciones divinas: asignarle una *misión* a su elegido. Si Dios “conoce” a Jeremías y “lo consagra” es para *constituirlo* «profeta para las naciones» (Jr 1,5; *nātan*: “constituir, establecer, dotar”).

Para la misión, Dios *dota* a Jeremías de palabras (Jr 1,9) y de fortaleza (1,18; en ambos casos el verbo *nātan*, el mismo que 1,5). Las *palabras* manifiestan la voluntad del Dios de Israel que su mensajero debe anunciar al pueblo. La *fortaleza* a la que alude la metáfora de la ciudad fortificada (1,18) sugiere que Dios hace partícipe de su señorío a su elegido, por lo que éste cuenta con la victoria, a pesar de la persecución y de su aparente derrota (20,7-18).

Volver a las *fuentes de la vocación* es fortalecer la comunión de existencia con Dios (*conocer*), ser signo y mediación de su santidad y misericordia (*consagrar*) y renovar el carisma apostólico inspirado por el Espíritu (*constituir para la misión*).

4)- *La vocación como diálogo*

En el relato vocacional de Jeremías se destaca por su número el empleo de los verbos “decir” y “hablar”. Basta seguirle la pista al verbo “decir” (*’āmar* en hebreo) para concluir que el relato tiene un evidente *esquema dialógico*: «La palabra... me fue dirigida, *diciendo*» (Jr 1,4.11.13); «Yo *dije*» (1,6.11.13), y «Y me *dijo* YHWH» (1,7 [2 veces].12.14).

El relato, pues, da cuenta de un *fluido y confiado diálogo* de un elegido con su Señor, donde hay preguntas y respuestas, pero sobre todo *conocimiento y disponibilidad*.

Dialogar es *poner* el ser *en* y *por* la palabra, es decir, “dis-ponerlo” a acoger la existencia y la voluntad del otro con todas sus riquezas y defectos. La palabra que ofrece la vida provoca resonancias íntimas en un tú que se siente interpelado a “res-ponder”, a “decir-se”, esto es, a “exponer-se” *en* y *por* la palabra. Nace así el *nosotros*, comunidad de comprensión y de amor en que un “yo” se ofrece libremente a un “tú” que también libre y consciente lo acoge. Sólo entonces se da la recíproca comunión de vidas, hasta que las mismas palabras estorban, porque dejan de ser adecuadas para expresar la intimidad y las esperanzas del ser, y entonces sólo basta la «mágica presencia» de uno junto al otro que -en definitiva- es lo que “des-vela” a los seres que se aman (X. PIKAZA, *Palabra de amor*).

5)- *La vocación como relación “yo - tú - ellos”*

El miedo y la inseguridad que conlleva la misión suscita la *objeción* de Jeremías: «Soy un niño, no sé hablar» (Jr 1,6). Como muchos otros (Ex 3,11; 4,10; Jue 6,15; 1 Sm 9,21), el profeta objeta a Dios no encontrarse apto para el ministerio que le encarga.

La objeción busca romper la relación con *ellos*, los destinatarios de los oráculos proféticos. Siempre es mucho más fácil vivir la vocación como relación intimista entre un *Yo* (Dios) y un *tú* (el elegido), cerrándose o diluyendo el servicio a *ellos*, que vivirla como misión abierta al anuncio del Reino y a la transformación del mundo.

El argumento le parecería fundamental a Jeremías: si un profeta es aquél que habla en nombre de Yahveh, “no me puedes elegir a mí que soy un niño que no sé hablar”.

La *literatura sapiencial* cataloga al “niño” (*na’ar* en hebreo) como un ser irreflexivo e inexperto (Prov 1,4; 7,7), cuya condición propia es la debilidad y la torpeza: de él nada responsable y bueno se puede esperar (Ecles 10,16; Is 3,4-5; véase *Eclo 30,1-13*). “Niño” es quien por su corta edad debe obediencia y sumisión a sus padres, por tanto, no tiene autoridad ni independencia, no tiene *status* en su familia ni en la sociedad por lo que no puede de ninguna manera decir lo que quiera ni ir a donde quiera. Simplemente nadie lo escuchará, y es una utopía pensar lo contrario.

Dios resuelve la objeción haciéndose *padre* y *maestro* del niño Jeremías, es decir, *haciéndose cargo* de su elegido, de su *presente* y de su *futuro*, como bien lo revelan las fórmulas *de ánimo*: «No les tengas miedo» (Jr 1,8a), y *de asistencia divina*: «Yo estoy contigo» (1,8b). Este *hacerse cargo* se sustenta en el hecho de que Dios es el responsable del origen y gestación de su profeta (su *pasado*). Al asumirlo como *hijo* y *discípulo*, la identidad y el *status* religioso y social de Jeremías le vienen del mismo Yahveh, Dios de Israel y Señor de cielos y tierra. Jeremías, pues, le debe sumisión al Dios que lo eligió para sí, por tanto, lo que le diga tendrá que anunciar y a donde lo mande tendrá que ir.

Al disolver la objeción se restablece la relación “yo / tú / ellos” de la que Jeremías pretendía sustraerse. La *vocación* es siempre para servicio de otros por lo que exige necesarias rupturas, a veces dolorosas (cfr. Mc 8,34-35; Lc 9,57-62), capaces de romper el círculo “yo / tú” para abrirse al don de sí “*para ellos*”. La “*vocación* de Dios” exige comprender y aceptar

los *paradigmas y referentes originales* que genera el “Dios de la vocación”. No se puede responder con generosidad a la llamada de Dios con los esquemas gastados de siempre y con las consabidas relaciones que responden a sentimientos normales, por muy humanos que sean. Los sentimientos que el vocacionado debe adquirir y la imagen que debe cultivar es la de Jesucristo, hombre perfecto, plenitud de la historia y de la nueva humanidad (Ef 4,12-13; Col 1,28; Fil 2,5; cfr. CONCILIO VATICANO II: *Gaudium et spes*, 22).

6)- *La vocación como camino por hacer*

Resuelta la objeción, el mandato divino es tan general como tajante: «Irás donde te envíe, dirás lo que te ordene» (Jr 1,7). Por ser *general* exige disposición absoluta en todo tiempo y para cualquier encargo, y por ser *tajante* no caben nuevas y futuras objeciones. No hay derecho a la apelación, aunque no siempre el elegido perciba con claridad *dónde* debe ir y *qué* decir. La disponibilidad total a la misión será también una nota distintiva del discípulo de Jesús: «El que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, no es apto para el Reino de Dios» (Lc 9,62).

La auténtica vocación se vive como un *camino por hacer* casi nunca con todas las rutas y destinos conocidos («Irás donde te envíe») ni con todos los mensajes aprehendidos («Dirás lo que te ordene»). Es una *aventura de fe* no exenta de miedo e inseguridad: el *patriarca Abram* deja su tierra sin saber lo que le espera (Gn 12,1.4); el *profeta Elías* elude la llamada divina instalándose bajo un árbol, pues no quiere aventurarse a caminar (1 Re 19,5); el *profeta Jonás* huye precisamente por el lado contrario al que Dios lo envía (Jon 1,3); el *pueblo de Israel* no responde a la elección divina prefiriendo “caminar detrás” de otros dioses (Os 2,7.15).

La *vocación cristiana* es presentada por Lucas precisamente como un *camino tras las huellas del Señor* (Hech 9,2; 18,25-26; 19,9.23; 22,4; 24,14.22). El discípulo verdadero modela su propia vida según el camino y el ritmo que Jesucristo imprime a su Iglesia y a cada uno de sus elegidos.

7)- *Misión y conflicto*

La misión se presenta problemática para Jeremías y sólo la llevará a cabo con lucha y sacrificio permanentes. Dios lo prepara para el conflicto haciéndolo cual ciudad fortificada e inexpugnable (Jr 1,17-19). Los poderosos que se enfrenten al escogido del Señor no podrán vencerlo silenciando su palabra, porque es *palabra de Dios* (1,9), y ni siquiera el mismo profeta -que proclama la palabra- puede silenciar *lo que es de Dios*: «La palabra del Señor se ha convertido para mí en constante motivo de insulto y burla. Yo me decía: “No pensaré más en él, no hablaré más en su nombre”. Pero era dentro de mí como un fuego ardiente encerrado en mis huesos; me esforzaba en sofocarlo, pero no podía» (20,8-9).

Las *cinco confesiones* de Jeremías (Jr 11,18-12,6; 15,10-21; 17,14-18; 18,18-23; 20,7-18) manifiestan el *profundo conflicto* que vive este hombre dolido por los resultados de su misión (ver 15,10 y 20,7-10.14-18).

Por un lado, las dificultades y conflictos personales y, por otro, con los destinatarios de la misión es una constante en los vocacionados: *Abraham* no entiende por qué debe ofrecer a su único hijo en sacrificio cuando Dios le prometió una numerosa descendencia (Gn 22,1ss); *Moisés* no concibe como él puede presentarse al faraón para exigirle la liberación del pueblo si

no tiene facilidad de palabra (Ex 4,10) y ni siquiera los mismos israelitas le creen (6,12); *Isaías*, que se sabe indigno e impuro (Is 6,5), debe entregar un mensaje violento y sin esperanza (6,9-10) de parte del Dios misericordioso y santo (6,3)... Así la Virgen María, Juan Bautista, Pablo...

La lista es larga y la conclusión única: la *dificultad* para aceptar la misión y la *torpeza* para comprenderla, la *conciencia* de la propia debilidad y el *conflicto* en la realización del encargo divino son signos de una auténtica vocación. A estos signos, hay que agregar el *temor*: toda vocación sincera se inicia con *altas cuotas de miedo* ante las rupturas del presente y lo incierto del futuro; por el contrario, una señal clarísima de ausencia de vocación es la falta absoluta de temor.

Sin embargo, Dios está siempre atento para sostener a su elegido (Jr 1,8.19: *fórmula de asistencia*) y librarlo de los peligros que lo acechen por la rebeldía de los destinatarios del mensaje (20,7b-8.10-11.18; cfr. 2 Cor 11,22-33). Con todo, su presencia, siendo real y segura, no siempre es palpable (cfr. 2 Cor 12,7-10).

8)- *La misión como don*

Como la palabra divina lleva en sí su eficacia (Jr 1,11-12), Yahveh relativiza las objeciones actuales (y futuras) de Jeremías. La confianza cambia de objeto: el elegido no debe confiar en sus capacidades para cumplir con su encargo, pues si es Dios quien llama y envía a la misión está garantizada la realización de su voluntad salvífica. Por tanto, no sólo la elección es un don gratuito, también lo es la eficaz realización de la misión.

Quien recibe el don de una auténtica vocación/misión no se pregunta una y otra vez por las capacidades propias, menos por los méritos, pues la elección divina tiene sólo un fundamento: el *amor de Dios* que *recrea* al elegido y lo *impulsa* a desafíos nuevos. La pregunta sobre capacidades y méritos había sido también la de Israel, y la respuesta de Yahveh fue clara: «El Señor se fijó en ustedes y los eligió, no porque fueran más numerosos que los demás pueblos, pues son el más pequeño de todos, sino por el amor que les tiene y para cumplir el juramento hecho a sus antepasados. Por eso los ha sacado de Egipto con mano fuerte y los ha librado de la esclavitud del poder del faraón, rey de Egipto» (Dt 7,7-8). Pablo retoma el mismo razonamiento cuando exhorta a los corintios diciéndoles: «Y si no, hermanos, tengan en cuenta quiénes han sido llamados, pues no hay entre ustedes muchos sabios según los criterios del mundo, ni muchos poderosos, ni muchos nobles...» (1 Cor 1,26-29).

Dios escoge para sacar adelante su historia de salvación al pequeño y más desvalido de forma que no quede duda que todo debe atribuirse al poder y a la sabiduría del Señor.

La *eficacia* de la palabra de Dios y su *fidelidad* a las promesas hacen de la misión un *don gratuito* y los resultados adquieren una dimensión muchas veces incomprensibles a primera vista, lo que explica que el fracaso humano en el trabajo pastoral no siempre sea fracaso divino, y que el auténtico éxito pastoral sea siempre regalo de lo alto.

II- **Conclusión**

Algunas *notas distintivas* de una vocación auténtica son las siguientes:

- 1)- La vocación es una *experiencia de comunión íntima con Dios*, de *alianza y diálogo*, que transforma radical y profundamente la vida del elegido, otorgándole clara conciencia de ser otro: «Dios se dirige a la conciencia más recóndita del individuo, a lo íntimo de su corazón, alterando su existencia y haciendo de él un individuo nuevo» (L. DE LORENZI).
- 2)- La *iniciativa* y la *elección* son siempre *de Dios*; el vocacionado se limita a plantear dudas o a ofrecerse cuando Dios pide un voluntario (Is 6,8), pero nunca toma la iniciativa.
- 3)- Las *razones de la elección divina* permanecen en el *misterio* por lo que la pregunta acerca de por qué fue elegida tal persona y no tal otra no tiene respuesta lógica; lo único claro es que la elección no siempre coincide (por no decir “casi nunca”) con aquél que manifiesta cualidades naturales para la misión a realizar.
- 4)- La vocación es de *carácter personal e intransferible*; así lo indica el empleo del nombre, repetido dos veces (1 Sm 3,4), el cambio de nombre (Jn 1,42), el fluído diálogo entre el vocacionado y Dios, donde el primero manifiesta sus carencias y Dios alienta y anima prometiendo asistencia. Las carencias del vocacionado y la asistencia solícita del que envía destacan el cariz personal e intransferible de la elección divina. Pablo escribirá a los romanos refiriéndose a la salvación de los israelitas: «Los dones y la llamada de Dios son para siempre» (Rm 11,29).
- 5)- *Ninguno es elegido para su perfección individual*, sino para el cumplimiento de una misión cuyo contenido, tiempo y destinatarios dependen de Dios. Dios llama a algunos para servir a otros y no para utilizar en provecho propio la vocación recibida. En realidad, la vocación personal es una *permanente actualización de la vocación de la Iglesia* como servidora de la humanidad. Este contexto teológico fundamenta la intercesión del elegido por el pueblo y el mundo (cfr. Gn 18,16-33; Ex 32,11-14.30-35; 1 Sm 7,5.8-9).
- 6)- La respuesta es la *fe* y Dios exige *radicalidad* en la aceptación incuestionable de la llamada, aunque no se comprenda del todo, y exige confianza absoluta en él, aunque aparentemente pida imposibles; el que es llamado no sabe lo que vendrá cuando cumpla la orden divina, por lo que no sólo su presente es incierto, sino también su futuro.
La vocación/misión es totalizante, pues no exige parte de la vida, de la actividad o del tiempo, sino toda la vida y el tiempo del elegido, es decir, todo su ser y su historia.
- 7)- Lo anterior explica la *cuota de miedo* que los elegidos manifiestan. La promesa de asistencia divina no logra disipar del todo la incertidumbre y el temor, pero da la certeza de la fidelidad en el cumplimiento de lo mandado, porque «el que los llama es fiel y cumplirá su palabra» (1 Tes 5,24).

Para la reflexión personal y el trabajo grupal

- 1)- ¿Qué aspectos de la vocación de Jeremías te resultan más interpelantes hoy?, ¿por qué?
- 2)- ¿Cómo has experimentado o experimentas en tu vida los verbos vocacionales de Jr 1,5: “te conocí”, “te consagré” y “te constituí”? ¿Qué dificultades presenta la cultura de hoy a los jóvenes para que éstos experimenten esos “verbos vocacionales”?
- 3)- ¿Vives la vocación como diálogo con Dios?, ¿en qué se nota?, ¿qué consecuencias tiene?
- 4)- ¿Cómo enfrentas o resuelves el temor y el conflicto a causa de los encargos misioneros de Dios?
- 5)- ¿Qué dimensiones de la experiencia de Dios vividas por Jeremías te parecen más necesarias para dialogar hoy con los jóvenes en discernimiento vocacional?, ¿por qué?